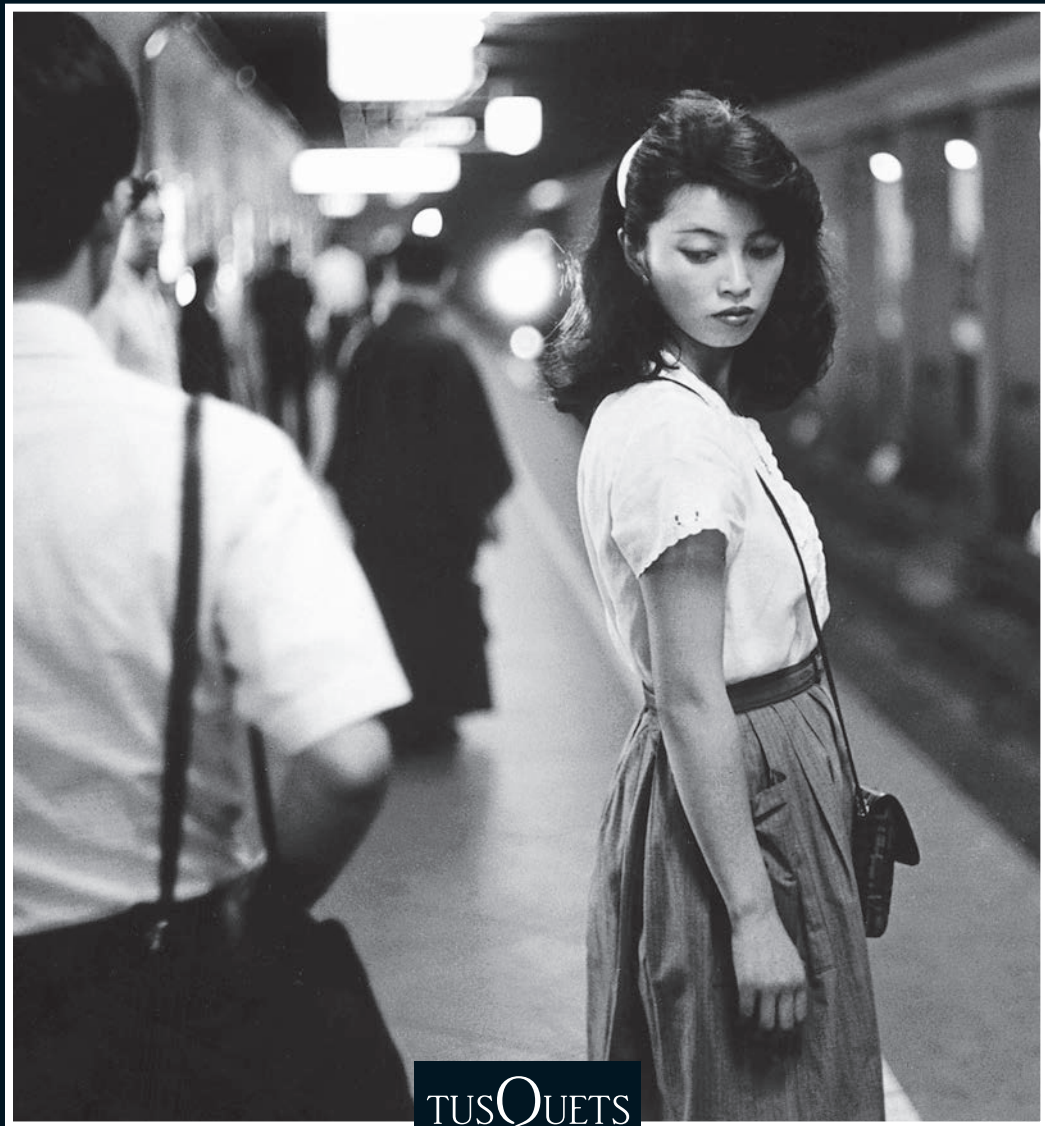


Asako Serizawa

EL LEGADO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ASAKO SERIZAWA
EL LEGADO

Traducción de Juan Trejo

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Inheritors*

1.ª edición: septiembre de 2022

© 2020 by Asako Serizawa

Traducción publicada por acuerdo con Doubleday, un sello de The Knopf Doubleday Group, división de Penguin Random House, LLC.

Traducción: © Juan Trejo González, 2022

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-155-0

Depósito legal: B. 12.756-2022

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

| | |
|---|-----|
| Uno | |
| Vuelo | 15 |
| Dos | |
| Luna | 37 |
| Tres | |
| Lealtad | 61 |
| Willow Run | 85 |
| Me han acusado a mí, el Jesús de las ruinas | 101 |
| Cuatro | |
| El visitante | 131 |
| Tren a Harbin | 146 |
| El último baluarte del Imperio Imperial | 173 |
| Cinco | |
| Deceso | 199 |
| Pabellón | 233 |
| Seis | |
| Cosecha | 259 |

| | |
|--|-----|
| Siete | |
| El Jardín, también conocido como teorema para la supervivencia de las especies. | 269 |
| Ecolocalización. | 296 |
| Nota de la autora | 313 |
| Agradecimientos | 317 |

Lo primero que desapareció fueron los nombres. Los nombres de sus vecinos, los nombres de sus nietos. A veces, los nombres de sus dos hijas, de su único hijo.

Reconocía sus caras, por supuesto. La hija de los ojos rasgados, siempre escrutándola, empujándola hacia delante —siempre hacia delante!—, hacia el cuarto de baño, la cocina, cualquier lugar alejado de la puerta, donde ella dudaba, insegura de la dirección que debía tomar, del porqué de sus pasos.

La otra hija tenía la piel pálida y era indulgente. Cuando vagaba perdida entre las tomateras del jardín, era esa hija quien la tomaba de las manos con firmeza.

Su hijo no la visitaba con frecuencia. Llamaba una vez al mes. ¿Quién podía culparlo por ello? Su madre, a la que no se le podía confiar el cuidado de un bebé. De quien no se podía esperar que cuidase de sí misma. Incluso de niño había sido prudente. Se protegía de las imperfecciones del mundo.

Pero un día las calles también empezaron a desaparecer. El atajo estrecho e inhóspito que llevaba hasta el patio de la escuela donde sus hijos solían esperarla, inquietos y hambrientos y echaban a correr en cuanto la veían. Después el camino hasta la farmacia; la esquina antes de la oficina de correos; el arbolado y breve trecho que llevaba a la panade-

ría, con sus estantes de pan de canela que tanto le gustaba, más bien poco cocido, para las tardes lluviosas.

Sus vecinos se topaban con ella. La veían recorriendo la calle arriba y abajo, curioseando tras ventanas que reconocía pero que ya no era capaz de ubicar. A veces se la encontraban en la parada del autobús, intentando descifrar cuál era el que debía llevarla a casa, a pesar de que ninguno de esos autobuses pasaba por allí. En todas esas ocasiones, los vecinos la agarraban del codo —los más jóvenes con amabilidad, los mayores con irritación— y todos la amenazaban con contárselo a ella.

Pero ¿cómo iba a quedarse en casa? El cielo resplandeciente al otro lado de su ventana, los árboles como sombras chinescas bailando sobre el césped, la promesa de sus tomates cayendo pesadamente sobre ese jardín que Edward había despejado para ella, años atrás, cuando todavía eran jóvenes y les quedaba por pagar media hipoteca. No podía evitarlo, su cuerpo anhelaba el peso de los guantes, cálidos bajo el agua corriente. No prestaba atención a las advertencias de sus hijas o a la lástima de sus vecinos. Sus pies, simplemente, la sacaban de allí, la hacían bajar los escalones que llevaban hasta su brillante jardín.

Ella vio su primer tomate en 1911, el año en que cumplió trece, el año en que visitó Estados Unidos por primera vez. Era pequeño, amarillo y tenía forma de pera: fue un regalo de su padre, lo había arrancado de la tierra que iba a ser su nuevo lugar de vacaciones, en California. Las semillas eran pegajosas y, la primera vez que mordió la fruta, cayeron al suelo formando una vergonzante flema oscura. Ella se apresuró a tocar aquella mancha, pero su padre, tras agarrarla del brazo, se echó a reír. *Ten cuidado, aquí todo arraiga.*

Acabó plantando aquello en un pedacito de tierra y colocó el tiesto junto a la ventana de su dormitorio en la granja en la que ahora estaban sus cosas de verano. Como su vestido nuevo, por ejemplo, incómodamente ceñido en comparación con su *yukata*, que ondeaba como una alegre cometa cuando soplabla la brisa en el que había sido el arrozal de Bob, el primo de su padre. Bob, al igual que su padre, era ingeniero agrónomo. Conocido antaño como Mitsuru, era un hombre astuto y temerario, tenía cientos de ideas demasiado modernas para Niigata, su ciudad natal, una región arrocerera en la costa oeste de Japón. Pero su padre jamás fue capaz de resistirse a sus encantos, y Mitsuru, consciente de ello, a menudo solía enredarlo en iniciativas lamentables.

Bob se marchó a California en 1906 y durante más de dos años nadie supo una palabra de él. Obviamente, fue a su padre a quien finalmente Bob escribió. Le contó de la nueva cepa de arroz que estaba cultivando, dulce como la de su tierra pero adaptada a las condiciones y al clima de California. Su padre se entusiasmó con ese nuevo proyecto. Y a pesar de que tuvieron que pasar varias temporadas, la cepa, un híbrido robusto, resultó exitosa, y sobrevivió a todas las Leyes de la Tierra e incluso a los pirómanos enviados por la Liga por la Exclusión Asiática hasta que la aprobación de la Orden Ejecutiva 9066 reunió a todos los Bobs y los trasladó obligatoriamente a Manzanar.

Pera amarilla, le dijo su padre comprobando la idiosincrasia de una lengua que, llegado el momento, reemplazaría a la suya. *Ese es su nombre*.

La planta creció, a pesar de las limitaciones del tiesto y de la ventana, y dio como fruto un racimo de tomates que recogió como si fuesen gotas de rocío. Allí permaneció, disfrutando del sol que deslumbraba la habitación todos los veranos, durante tres años, hasta que, una tarde, una avalancha

de libros provocada por un terremoto golpeó las ramas y rompió el tallo.

Oh, vaya, dijo su padre entre risas, encogiéndose hasta rozar las orejas con los hombros, como hacía su primo americanizado. *¡Así es la vida, eh!*

En un momento dado, aquella hija de rostro amable empezó a quedarse con ella durante el otoño. En un principio, fueron solo los fines de semana, después también los días laborables. Su hija era silenciosa. No alteraba el orden de la casa ni siquiera cuando lavaba los platos o doblaba la colada. Cuando su hija andaba por allí, la televisión estaba prohibida, así que se sentaban en la cocina con una taza de té y hablaban de los nuevos proyectos de los que la hija estaba al cargo; un amable parloteo que no tardaba en dar paso a una amable retahíla de recuerdos.

¿Recuerdas cuando fuimos a recoger manzanas y te pillaron con la boca llena de Gala? ¿O era McIntosh?

¿Recuerdas aquella vez que fuimos al cine, cuando te levantaste para ir al lavabo y acabaste sentándote exactamente en el mismo asiento, pero en un cine diferente, junto a una familia diferente, sin darte cuenta?

Por supuesto, ella no recordaba ninguna de esas historias, que daban pie a una oscuridad que nunca se aclaraba. Lo que más llamaba su atención eran las imágenes de la infancia. Como cuando su padre la llevó a patinar sobre hielo en el lago que había detrás de su casa de Niigata. Por aquel entonces, tenía seis años y estaba encantada con sus patines, que olían a cuero nuevo y no al habitual almizcle al que olían los pies de sus hermanos.

El cálido sol en su aterida espalda. Recordaba los destellos del hielo, las cortantes cuchillas, el temor a rebanarse los

dedos con ellas. Resbaló: la sorpresa del duro hielo en su espalda y las susurrantes cuchillas de su padre entrecruzándose tan cerca de su cara que pudo notar el sabor del metal al cortar su aliento.

Dos años más tarde, se cortaría la cara. Una profunda curva desde la oreja izquierda hasta el mentón. Una herida increíblemente limpia para lo que había sucedido en realidad. ¡Agarrando la pata de un perro dormido! Pero ¿cómo habría podido saberlo ella? El perro era su amigo. Por fortuna, la cicatriz se amoldó a la forma de su mandíbula. Por fortuna, su cara era hermosa, habría sido difícil que dejase de serlo. Niña traviesa.

Solo una niña le preguntó en una ocasión por la cicatriz. La niña tenía el pelo rubio y la piel clara y hablaba con acento extranjero. Era nueva en Niigata, quisquillosa, su rostro turbulento aparecía tras el sonido de su nombre, que nadie era capaz de pronunciar. ¡Mar - Joh - Ri! Un día, Marjorie se sentó a su lado. Le apartó el pelo, escrutó su cara y se lo preguntó sin más ni más. ¿Qué podía decir para cautivar a aquella niña? Se inclinó hacia su oreja —tan pálida que pudo ver el entramado azul y rojo, delicado como las fisuras de la mejor porcelana Imari de su familia— y le susurró que se la había hecho su padre. Le había rajado la cara con unos patines de hielo.

Nunca olvidó a Marjorie, ni la mentira, y se puso enferma cuando a su querida amiga la trasladaron a otro colegio en otra parte del país, allí donde habían reasignado a su padre, que era diplomático.

Años después creyó verla, aunque ¿quién podría asegurarlo? Fue en 1919, las dos eran ya mujeres y estaban en un continente por completo diferente, en otro hemisferio, lejos del colegio de Niigata. Fue un día glorioso, el sol de California revigorizaba las calles, y cuando alzó la cara en un elogio

espontáneo de aquella vitalidad, se topó con otra cara que estaba haciendo justo lo mismo. *¡Marjorie!* Su boca le dio forma a un nombre que ya no le resultaba difícil pronunciar. Pero la otra mujer se limitó a bajar la mirada y a adentrarse en la multitud, que no tardó en engullirla.

La primera vez que la hospitalizaron fue hace tres años, en 1978, el año en que Robert anunció su compromiso. Robert, su hijo. La ingresaron debido a una neumonía, pero fue diagnosticada de cirrosis hepática, además de estar sufriendo los efectos de una terrible gripe. Lo de la cirrosis supuso una conmoción; ella era una mujer muy formal. Cuando los médicos le preguntaron por su medicación, ella recitó su modesta lista. Nadie podría haber sospechado que las medicinas que ella había estado tomando religiosamente curaban su corazón pero le destrozaban el hígado.

Seis meses después volvieron a ingresarla. Se había desmayado de camino al mercado. Fue tratada de un traumatismo craneal, pero le diagnosticaron malnutrición; los cuatro días iniciales de permanencia hospitalaria se convirtieron en dos semanas.

En un primer momento, sus hijos se preocuparon. Después empezaron a enfadarse. Se culpaban unos a otros y acabaron culpándola a ella. Cuando, finalmente, descubrieron que no había pronunciado una sola palabra desde hacía días, llamaron a otros médicos, más hombres que la tocaron y la examinaron, primero con palabras, después con objetos que emitían pitidos y, por último, les preguntaron a sus hijos por su comportamiento cotidiano, por el historial de su depresión diagnosticada; ninguno de ellos sabía nada al respecto.

Las pruebas dieron resultados poco concluyentes, pero una cosa quedó clara: su cerebro había cambiado. La edad

lo había agujereado, restándole capacidad para lidiar con un mundo que se había vuelto complicado debido a una maraña de cosas que ella no podía o no debía hacer. Durante meses, tal vez años, había ido perdiendo tanto su cuerpo como sus pensamientos, incluso sus sentimientos, y ya no los controlaba ni los poseía.

Sin embargo, sus hijos, obviamente, seguían siendo para ella una preocupación. La de los ojos rasgados, por ejemplo, todavía estaba soltera a los cincuenta y dos. Algunos días, cuando se acordaba de su hija, le alegraba pensar que Edward le había dejado una casa. Otros días, no podía recordar cómo era su cara, con aquellos ojos suyos, que confundía con los de la enfermera que le hacía preguntas groseras que la avergonzaban tan solo para dejarla en evidencia. Un día, sin previo aviso, aguzó sus propios ojos y dijo: *Marjorie, Marjorie-Keiko, nunca vas a traer un marido a casa, ¿verdad?*

Comió su segundo tomate en 1920. Embarazada de seis semanas y víctima de una fiebre salvaje. Incluso Edward se había asustado y maldijo el calor de junio, sin ser consciente de que se trataba de un fuego por completo diferente al que avivaba su horno. Como siempre, la Liga por la Exclusión agitaba las bajas pasiones nacionales, dando pie al resentimiento incluso entre vecinos —ilos amigos de la familia de Edward!—, quienes escupían en su dirección a sus espaldas y lanzaban piedras a las ventanas de su casa cuando él no estaba. De hecho, en una ocasión, ella se jugó la vida, y la del heredero de Edward, cuando salió a toda prisa a enfrentarse contra los vándalos. Por suerte, resultó ser un muchacho solitario y desarmado de apenas quince años. Todo eso quedó atrás: se aprobó una nueva Ley de Tierras para Ex-

tranjeros que impidió que los japoneses que se habían quedado en el país pudiesen poseer granjas en la región.

Era un tomate Cherokee Purple, alargado, del color de un moratón. Cuando lo probó, le sorprendió su dulzura; no tenía nada que ver con el sabor de la sangre.

Cuatro años más tarde, Estados Unidos cerró todos sus puertos a los inmigrantes asiáticos, a excepción de casos especiales. Cuando Edward llegó a casa con la noticia, ella se dispuso a escuchar una de sus habituales invectivas, pero lo único que hizo fue golpearse con rabia la palma de la mano con el periódico. El ruido en sí fue llamativo, pero aquel chasquido provocó un vuelco en su corazón y puso al descubierto el rastro de un temor que había ido creciendo en su interior. Después de todo, con las fronteras oficialmente cerradas, dejaba de ser una promesa romántica para Edward y, en lugar de eso, iba a convertirse en su responsabilidad permanente. Por primera vez en su vida, maldijo a su padre, maldijo aquel optimismo suyo que le había llevado a dejar a su hija, de quince años por entonces, en aquel país. Todavía estaban en 1913, daban por supuesto que las cosas volverían a la normalidad al verano siguiente o al otro, a más tardar.

Pero el mundo, al parecer, se había cansado de la normalidad y, viéndolo en retrospectiva, fue tan solo un deje de esperanzada ignorancia lo que los llevó a esperar en el muelle aquella última mañana; su padre con su traje gris, ella con aquel impropio vestido, cortado y confeccionado para que hiciese juego con la chaqueta color crema de Edward. Los pasajeros ya estaban embarcando en el *Hikari*, un buque elegante y moderno, y su padre, amante de la tecnología, se detuvo a admirarlo.

El mar estaba en calma, pulido y muy brillante. Ese era también el aspecto de su padre cuando se dio la vuelta para

ofrecerles su mano, primero a Bob, después a Edward y, finalmente, a ella. La atrajo hacia sí en el último momento para estrujarle los hombros, una, dos veces, antes de dar una larga zancada para apartarse de ellos. ¿Se sintió decepcionada? Por supuesto. Pero ¿qué palabras, qué gestos podrían haber intercambiado? Sonó la sirena del barco. Los pasajeros se despidieron haciendo gestos hacia tierra. Ella, al igual que su padre, se tapó la cara con las manos. La sirena volvió a sonar y, acto seguido, retiraron las rampas. El agua formaba pequeñas olas en la quilla del barco y ella sintió el empuje de la náusea en su pecho, provocando que sus brazos formasen una ola. Los movía como dos frenéticas banderolas. Pero el rostro de su padre, un pequeño botón que ya menguaba, no varió. Su mirada no transmitía nada, ni a ella ni a Edward, que con su mano la aferraba firmemente por la cintura.

En invierno, la hija de los ojos rasgados decidió quedarse con ella. La hija dormía en el salón incluso cuando el viento aullaba y el frío se colaba por el ventanal.

A veces, las visitas de las hijas se solapaban y sus voces transmitían una mayor amargura, gritos acusadores que no tardaban en convertirse en susurros de disculpa, al tiempo que el fiel ventanal reflejaba los hombros de aquellas dos mujeres, resignadas a una desagradable aunque imprescindible colaboración. De vez en cuando, una u otra estallaba hecha una furia, daba un portazo y la casa quedaba paralizada. En esas noches, ella rezaba por la salvación, convocando a su padre, a su madre y a sus hermanos; incluso a Edward, que se mostraba fastidiosamente rápido a la hora de responder. Uno a uno iban reuniéndose en lo alto de una montaña cuya suave cima, de neón y hierba verde, parecía llamarla a ella; por ese motivo, con el paso del tiempo, entendió que era tam-

bién su destino llegar allí. Ese paisaje, cubierto por una gigantesca nube en forma de hongo, los mantenía unidos.

Tan solo en una ocasión Edward le dio la espalda. Edward el caballeroso. Se encontraba a mitad de camino de la cuesta con el periódico bajo el brazo cuando se detuvo en seco, una estatua ligeramente panzuda que pivotó al instante para dirigirse hacia la pila de abono, sin fijarse en su silueta recordada tras el ventanal.

Minutos después, se encontraron ya dentro de casa y, antes siquiera de que ella pudiese saludarlo, volvió a pivotar por segunda vez, descolgó su abrigo y se fue sin desayunar. Como es lógico, ella quiso descubrir el motivo de esa reacción. Manchado con los restos de la comida del día anterior, el periódico, a pesar de estar húmedo, estaba entero. Le llevó un buen rato encontrar aquel artículo, era tan diminuto que perfectamente podría haberlo pasado por alto durante su repaso de la tarde, entre las labores de la casa y la cena. JÓVENES MUJERES DE HIROSHIMA LLEGAN PARA RECIBIR TRATAMIENTO GRATUITO. El texto, siete líneas en total, alababa el espíritu caritativo estadounidense, lo bastante magnánimo como para recibir con los brazos abiertos a las «agradecidas jóvenes, supervivientes de la primera explosión atómica de la historia».

Rompió cinco platos esa misma tarde, sus enrabietadas manos lanzaron la porcelana heredada de la familia siguiendo una frecuencia totalmente voluntaria: dos por las chicas silenciadas, dos por las expresiones (*¡agradecidas!*) y uno por la ira que sentía hacia Edward, que no se había molestado en hacer trizas aquel vergonzoso artículo.

Con el paso de las semanas, aparecieron más periódicos en aquel rincón del jardín a medida que las jóvenes recibían

tratamiento y eran exhibidas. Cuatro años después, encontró una página, cuidadosamente abierta, encima de la mesa del comedor. LA PRIMERA MISS UNIVERSO JAPONESA. Leyó el artículo, el titular era lo bastante largo como para no olvidarlo jamás, y después lo destripó antes de tirarlo a la basura.

¡Madre!

Para su sorpresa, fue la hija de rostro amable —pero ¿cuándo se había hecho tan mayor?— la que apareció por la puerta, separando el cepillo del palo de la escoba para barrer lo que antes estaba en el bol del desayuno y que ahora, misteriosamente, estaba esparcido sobre el linóleo azul y verde como si se tratase de témpanos de hielo.

Formalizaron su compromiso en 1914. Ella tenía dieciséis años, Edward diecinueve; estuvieron juntos cuarenta y siete años. Cuarenta y siete que habrían sido sesenta y siete si él no se hubiese caído de la silla cuando estaba cambiando la bombilla que había encima del armarito del recibidor. El armarito, de teca con bisel estriado, se apoyaba en seis patas y servía para guardar todos sus zapatos. Si al menos el armarito hubiese frenado su caída. Ya no recordaba qué estaba haciendo ella; ¿secándose las manos en su trapo estampado de margaritas? Lo único que es capaz de rescatar de aquel momento es toda la serie de ruidos al caer: la silla de madera contra la puerta de madera, que se había desprendido, o el gesto de pasmo en el rostro de Edward, mirando hacia el cielo de mayo.

Edward murió la tarde siguiente, rodeado de amigos y de flores que se derramaban desde la mesita de noche junto a la cama del hospital. Recuerda que pensó *1961* y observó su reflejo envejecido en el espejo del baño. Iba vestida de negro, su pálido rostro como el de una vieja monja arrugada y, curio-

samente, le pareció poco menos que una perversión, como si hubiese visto algo que no tenía sentido contemplar. Como en aquella ocasión en la que, estando de visita en su casa, pilló a su vecina Elizabeth —¡Elizabeth Derby!— toqueteando una corbata que estaba colgada del brazo del sillón, la preferida de Edward, una que solía ponerse a menudo.

La voz que oía en su cabeza, que claramente no era la suya, dijo: *Todo acaba como tiene que acabar.*

El consuelo llegó de forma intermitente, como la irregular señal de radio que solía escuchar en los escasos minutos robados antes de la cena, sola en el cobertizo que había detrás de la casa de Niigata.

Una mañana, durante un momento de paz absoluta, miró por la ventana y vio que estaba nevando. ¿Cuándo había empezado a caer la nieve? El tiempo se había convertido en algo cristalino. Observó la copa que tenía en la mano. ¿Desde cuándo la tenía en la mano? Cuando fue consciente de que estaba viendo un petirrojo que piaba en la pileta para pájaros en enero, le sorprendió darse cuenta de que había sentido rencor hacia Edward todos esos años por haberla abandonado de esa manera tan abrupta.

Fue hospitalizada por última vez en primavera. Había salido de su dormitorio y empezó a bajar las escaleras: el dolor la cegó. Al recuperar la conciencia, todo estaba oscuro, un leve chisporroteo debajo de ella. Al intentar moverse, un centelleo le recorrió las piernas hasta alcanzar las cuencas de los ojos, hasta clarear los límites de su cuerpo.

El daño estaba en la tibia izquierda. Necesitó escayola y no curó bien. El médico, un tipo remilgado al que ella do-

blaba en edad, chasqueó la lengua como si estuviese regañándola con el dedo, como si ella hubiese manipulado la escayola y hubiese así desplazado el hueso.

Sus hijas no culparon al médico pero tampoco la culparon a ella. Ya sabéis cómo es, parece una niña pequeña a la que no pudieses culpar por sus errores. Ella observó la forma arqueada que había adquirido su pierna y pensó que, como mínimo, le había sido fiel a Edward.

Durante el verano, temporalmente, estuvo mejor. Recordaba el nombre de sus hijas, el nombre de su hijo. Reconocía incluso sus caras, sabía la relación exacta que mantenían con ella y preguntaba por las personas que aparecían en las fotografías que le enseñaban, asintiendo cuando se dirigían a ella. Sus hijas estaban entusiasmadas. Querían que ampliase su mundo, centímetro a centímetro, siempre un centímetro más.

Los hijos de su hijo no tardaron en ir a visitarla. Eran mayores de como aparecían en las fotografías y también más corpulentos. Miraba a sus desconocidos nietos (pero ¡qué familiar le resultaba la forma de sus mentones!) hasta que estos se ocultaban detrás de su madre, a la que reconocía por las fotografías, pero de la que no conservaba ni un solo recuerdo.

La mayor de sus nietas, Miriam, dijo:

—Cuéntanoslo todo de Japón.

Su hijo, Robert, dijo:

—¿Dónde habrá metido aquellas películas en super-8?

Su otra hija, Marjorie-Keiko, dijo:

—Madre, tú haz solo lo que te apetezca hacer.

Aquella voz en su cabeza, que básicamente era como la suya, dijo: *¿Cuándo dejarán de pedir cosas?*

Edward se casó con ella, pero no hasta 1948, cuando en California se abolió la ley contra el mestizaje. Podrían haberse casado en 1942, cuando la primera Orden de Exclusión Civil los obligó a marcharse al Este, más liberal, a la casa que Edward había comprado, sin haberla visto, con lo que quedaba del dinero de su madre. Pero por aquel entonces la libertad en el mundo estaba siendo atacada, la democracia estaba en peligro y, después, cuando acabó la guerra, estaban demasiado cansados para molestarse con lo que no era más que una formalidad, hasta que la derogación de la ley les recordó que no solo era una cuestión de principios, básicamente era algo práctico. Después de todo, habían tenido tres hijos fuera del matrimonio.

La casa, típica de Cape Cod, tenía dos plantas. Tenía tres dormitorios y una cocina que daba al salón, desde el que podía verse una extensión de césped dividida por un sendero de grava, también visible desde el desván, con una única ventana opaca que no le gustaba a nadie.

Pasó tres años confinada en aquella casa, con aquellas vistas al césped y al patio trasero donde tendía la colada con sus dos hijas adolescentes y su hijo, educado en casa, que se parecía mucho a Edward pero también lo suficiente a ella como para que se metieran con él en el colegio. *iChing chang chong!* Fueron los tres años más largos de su vida, su tensa monotonía tan solo alterada por un miedo cambiante que le llevaba a sentir rabia hacia sus hijos, que la obligaban a comprobar la cerradura, pues se sentían atraídos por las voces de otros niños, de otros adolescentes. Por primera vez, tres décadas después de haber abandonado Niigata, se permitió aceptar que sentía nostalgia de su tierra, que su corazón se encogía debido a un anhelo irracional, especialmente al pensar en su hermano, quien, a pesar de lo brutos que eran los niños, la había tomado de la mano amablemente y la había llevado al lago para dar de comer a los patos.

Una noche, incapaz de soportarlo, le escribió una carta a su familia, pero Edward —¡Edward!— le había prohibido enviarla por correo. Le dijo que no debía arriesgarse, ni siquiera en la liberal Massachusetts. *Maldita guerra.*

Le hizo caso —él tenía razón: ¿quién sabía cuándo el país se volvería contra ellos?—, pero nunca le perdonó esa prohibición. Aunque tal vez no se debió a este o a otro confinamiento; lo que más le dolía era su dependencia, la completa autoridad que él tenía sobre ella. Después de todo, ella le había obligado a esos días de prohibición; al contrario que Bob, ella había escapado sin haber llegado a estar internada. ¿Qué derecho tenía a alzar la voz? Imaginaba su casa en el oeste, las cartas que llegaban de Niigata, cayendo por la ranura para el correo, apilándose junto a la puerta. Miraba a sus hijos y se decía que tenía que estar agradecida por todo lo que había podido mantener consigo, que no incluía su *yukata*, por si acaso.

Envió aquella carta en 1961. Requería sellos de más, la metió en un nuevo sobre junto a una segunda carta, rezando por la seguridad y la salud de su familia.

La respuesta llegó semanas después en un sobre muy grande que contenía sus dos cartas y otra escrita a mano que ella no fue capaz de reconocer. Durante el resto de su vida, no dejó de preguntarse cómo habrían sido las cosas si Edward hubiese enviado aquella carta años atrás.

Según el actual propietario de la casa, el hogar familiar había sido declarado oficialmente abandonado en 1951; lamentaba no saber nada más al respecto.

Su último tomate llegó a ella por casualidad. No lo descubrió hasta que brotó y maduró en un extremo del patio, donde las semillas se aferraban al suelo y no solía crecer gran cosa.

Los tallos eran débiles y los frutos escasos, pero ella se sen-

tía igual en aquella época, viva aunque cerca de un final de siglo que ella jamás había imaginado posible. Nunca había aprendido el nombre de los tomates, que solo habían brotado una vez, mostrando su espectacular arcoíris de colores antes de ser saqueados por los cuervos y otros pequeños animales que vivían en el bosque que se extendía tras el patio.

En otoño, su último otoño, sus hijas alquilaron una furgoneta para llevarla al oeste para visitar el lugar en que había vivido antaño. El viaje fue largo, siete largos días y seis noches, y sus hijas fueron turnándose para interesarse por su comodidad y también para señalar carteles —MOOSE CROSSING, CAMPGROUND— y leerlos en voz alta con gracia para llamar su atención.

—Va a merecer la pena —le decían una y otra vez. No tenía ninguna duda de que iba a merecer la pena *para ellas*.

Haight-Ashbury. Chinatown. El puente Golden Gate. La sentaron junto a la ventanilla y la luz del sol, rayada por el viento, se le clavaba en la cara y provocaba que le escociesen los ojos. Cuando sus hijas se fijaron en las lágrimas, detuvieron el coche y la observaron. Ella miraba hacia el agua, tachonada de barcos. Miró al cielo, que jugueteaba con el sol. Al cabo de unos segundos, Marjorie, la de los ojos rasgados, dijo:

—No, madre. Angel Island está *allí*.

Recordaba el abarrotado edificio de inmigración, los dedos enguantados estirándole los párpados, las baratas mangas caídas de las fotos de novias en kimono. Recordaba el milagroso paseo por el Golden Gate en el Día de los Peatones. Recordó entonces al doctor Kerr, un hombre pequeño de dedos finos, que le habló a Edward de la posibilidad de colocar un *pessaire* (como dijo él, con delicadeza, en francés). ¡Cuánto habían luchado, Edward y ella! No es que ella

desease tener otro hijo —Miriam, de los tres, fue un horror, con su pastosa obediencia y su escaso apetito—, pero era su cuerpo sobre el que conspiraban su marido y el médico.

Finalmente, ella se sometió a aquella transgresión, abriéndole el paso a los dedos del doctor Kerr, que estuvo sondeando y manoseando durante una eternidad, intentando encontrar la «inclinación» sobre la que él deseaba escribir en su nuevo libro. Cuando no tuvo otro remedio que aceptar que no era diferente a cualquier mujer normal, empujó el pesario (como insistió en denominarlo ahora) hasta colocarlo dentro de ella.

Pero su cuerpo se negaba a ser sellado y, un año después, dio a luz a su segunda hija. *Marjorie-Keiko*. Dijo el nombre y se negó a cambiarlo. Nada de nombres de antepasados que ayudaran a engrandecer la línea familiar de Edward.

Después de aquello, dejó de luchar contra aquel aparato y supo apreciar su utilidad durante la Depresión. Pasaron diez años antes de que volviese a quedarse embarazada y, después de lo que ocurrió —cesárea, infección y fiebre—, le dio la impresión de que no había deseado a ninguno de sus hijos: ni a Miriam ni a Robert, ni siquiera a Marjorie-Keiko, el único acto de rebeldía en el que tuvo éxito.

¡No! ¡Eso no era cierto! Había *orientado* a Edward —mejor educación, más oportunidades— para que convenciese al idealista de su padre de que la dejase a ella atrás.

Estaba acostada en la cama en la que dormía todas las noches desde que Edward murió. A los pies de la cama estaba su arcón. El arcón estaba preparado. Por la mañana, sus hijas iban a llevarla a su nuevo hogar. Se acercó a la ventana. Algo la había despertado, algo que la incitó a abrir las cortinas.

Pocas cosas habían cambiado a lo largo de los años: el jardín cuadrado estéril durante el invierno, los lechos de tierra desnudos sin color alguno que durante el verano estaban llenos de flores. Tocó el marco de la ventana; al tacto supo que la tierra estaba cubierta de escarcha. En lo alto del cielo, la luna irradiaba luminosos aros amarillos y rosas.

En esa hora, a medio camino entre la noche y la mañana, tenía los dedos agarrotados, pero acarició con ellos los cajones vacíos. ¿Dónde estaban sus cartas? Sus pensamientos pasaban de largo como las nubes que cruzaban frente a la luna. ¿Cuándo fue la última vez que salió de casa?

Cayeron del cielo algunos copos de nieve y ella se sintió ingrátida, iluminada por la luz de la luna. Bajo esa luminosidad, era ligera.

Había bajado por aquellas escaleras muchísimas veces; como siempre, estaban frías, pero hoy no tenía ningún recuerdo específico asociado a ellas y sus pies se deslizaban sobre su superficie.

En el exterior, el aire era inmaculado y ofrecía un increíble rango de matices a sus ojos. Ahí estaba el sendero de grava, ahí la puerta baja de madera con el cerrojo oxidado. La puerta crujió al abrirla.

No había luz alguna en las casas de los vecinos y la calle estaba cruzada por las sombras. Cuando bajaba la vista, veía cómo la calle se adentraba en el cielo. La sensación de amplitud le encantaba. Le encantaban la oscuridad y la calma que habían conspirado para que todo fuese así.

La brisa agitó su camisón. No se había vestido de manera adecuada. Esa luz hacía que su camisón se transparentase, los obscenos bajos dejaban al descubierto sus rodillas. Pero ¿acaso le importaba? Esa mañana, nada le importaba, sus pensamientos y sus sentimientos aleteaban como azotados por una milagrosa tempestad. Era posible que, más tarde,

acabase adquiriendo formas sólidas y familiares. Pero hasta entonces no eran más que sensaciones que rozaban su piel y dispersaban sus recuerdos. Hoy, su corazón volaba y también sus pies. Corrió hacia un horizonte sin estrenar que justo empezaba a delinearse.